

El silabismo en la escritura ibérica

Contribución a su estudio

He pensado más de una vez que todos los investigadores españoles de una rama cualquiera de la filología, sin distinción de profesionales y aficionados, deberían hacer de cuando en cuando una breve pausa en sus tareas habituales para asomarse al arcano de las lenguas ibéricas, observar cómo van los trabajos y aun echar una mano si se terciá. Esta invitación a “probar fortuna”, dirigida a los “espontáneos” sería manifiestamente irrespetuosa si se tratara de problemas como los de la filología románica, por ejemplo, donde todo está sistematizado científicamente; pero la investigación de lo ibérico se caracteriza por una curva en la que los segmentos ascendentes se ven interrumpidos a menudo por retrocesos lamentables que no sería piadoso recordar. Se trata nada menos que de entender un idioma desconocido escrito en caracteres no descifrados; y en campo tan difícil no han faltado investigadores que, para abrir camino a sus conjeturas personales, han empezado por desestimar las ajenas; y así se ha dado el caso de que la lectura correcta de un iberista sea desacreditada para proponer otra absurda, porque ésta encaja mejor, *a priori*, en la tesis de otro iberista. Y, sin embargo de esto, entre atisbos audaces y teorías pueriles, ¡cuánto camino recorrido desde Velázquez a Hübner y desde Hübner a Gómez Moreno!

He dirigido especialmente mi invitación a los filólogos es-

pañoles porque los creo en primer término obligados a descifrar esos misteriosos mensajes que en plomos, bronce, piedras, cacharros y demás "materia escrituraria", nos dejaron ciertos remotos habitantes de nuestra casa solariega, a quienes hemos de tener por antepasados legítimos mientras no se demuestre lo contrario. Y en verdad que sería gran vergüenza que, por nuestra desidia, le cupiese mañana a un extranjero la gloria de explicarnos, a los españoles de hoy, lo que nos quisieron decir los de hace dos milenios. Así, pues, el que no busque su lucimiento personal y se arriesgue a dar ciento en la herradura a cambio de acertar una en el clavo si a tanto llega su fortuna, no se arredre de jugar a "iberista interino". Ahí están los maestros para irle a la mano si desvaría.

Confieso que nunca habría pagado mi insignificante tributo a la esfinge del iberismo sin una incitación casual. En el antedespacho de un ministro y ante una mesa donde habría tal vez un centenar de revistas, quiso la suerte que, buscando yo un lenitivo a la larga antesala, viniese a caer en mis manos un número de *Emerita*, en el que llamó poderosamente mi atención un artículo del eminente latinista Sr. Vallejo, titulado *La escritura ibérica. Estado actual de su conocimiento* (1). Este trabajo, que versa principalmente sobre la teoría del maestro de iberistas D. Manuel Gómez Moreno (2), acerca del silabismo parcial de la escritura ibérica, despertó en mí olvidados recuerdos juveniles y ha sido causa, no sé si para bien o para mal, de que se atrasen durante casi un mes algunos de mis habituales quehaceres.

LA ESCRITURA SILÁBICA.

Sabido es que la posibilidad de que algunos signos ibéricos representasen una consonante con su vocal inclusa aparece ya en la idea de los "nexos", expuesta por Hübner, y en algunos atisbos de otros iberistas posteriores; pero el mérito de haber

(1) *Emerita*, tomo XI, semestre 2.º, Madrid, 1943, pág. 461. En lo sucesivo me referiré a este trabajo con la sola indicación (Vallejo).

(2) *La escritura ibérica*. "Bol. de la Acad. de la Historia", tomo CXII, 1943. Citaré este trabajo con la sola indicación (Gz. Moreno).

completado y sistematizado la teoría se ha de poner en el activo del ilustre arqueólogo Sr. Gómez Moreno. El Sr. Vallejo, en el trabajo a que antes me he referido, discute agudamente las ideas de Gómez Moreno, aunque no para impugnarlas, puesto que en el fondo acepta las conclusiones del maestro y aun las corrobora con datos de su propia cosecha. Sería un menguado apoyo para la interpretación silábica propuesta que un neófito, como yo, le diese presuntuosamente el visto bueno. Si he tomado la pluma es porque el hecho de haber trabajado durante algunos años en mi lejana juventud con una escritura que es, no posiblemente, sino con toda certeza, silábica, me procura una familiaridad con el silabismo que tal vez no tuvieron mis predecesores.

Cuando se habla de escrituras silábicas se suele pensar, por lo general, en períodos casi prehistóricos: en la etapa en que los primitivos ideogramas, después de haber perdido en parte su contenido conceptual, venían a convertirse en fonogramas que, simplificados más tarde, daban origen a los silabarios. Por eso me parece oportuno, o por lo menos curioso, traer a colación un silabario actualmente en pleno uso y cuya evolución respecto de la lengua a que se aplica puede seguirse, documentada y puntualmente, desde hace doce siglos hasta hoy. Me refiero al silabario japonés llamado *Kata-kana* o, en su forma cursiva posterior, *Hira-Kana*. No me es fácil reproducir aquí los caracteres correspondientes ni ello tendría interés especial, puesto que no guardan ni podían guardar la menor *relación gráfica* con los signos ibéricos. Si éstos proceden de los jeroglíficos egipcios, aquéllos se derivan de los ideogramas chinos; y aunque, en sus comienzos, todos los sistemas pictográficos presentan cierta semejanza, como ya indiqué en otro lugar (1), esto no prueba en modo alguno comunidad de origen, ni siquiera mutuo contacto.

El experimento que me propongo hacer es el siguiente: Tenemos un sistema gráfico *A* (el japonés), en el que todo nos es conocido: los elementos de que consta, el mecanismo de su empleo, las posibilidades y limitaciones que le son inherentes y la

(1) J. C., *Nuevo concepto del Diccionario...* Espasa-Calpe, Madrid, 1941. pág. 23.

correspondencia entre la escritura y la fonética de la lengua representada. Junto a este sistema ponemos otro (el ibérico), que llamaremos *B*, cuyo conocimiento está en función de dos incógnitas que, por fortuna, lo son tan sólo parcialmente: *x*, valor de los signos gráficos; *y*, estructura y fonética de la lengua a que este sistema se aplica. Ahora bien, si suplimos con premisas provisionales los datos que nos faltan para despejar *x* e *y*, y atribuimos a estas incógnitas ciertos valores que, conjugados entre sí, formen una ecuación con *B*, podremos proceder, siempre en el terreno conjetural, a la comparación de *A* con *B*; y en el caso de que se comprueben coincidencias notables y abundantes entre ambos sistemas pienso que se habrá dado un paso hacia el conocimiento de *B* y que los supuestos utilizados para el experimento tomarán algún viso de probabilidad.

* * *

El silabario japonés responde, como es sabido, a la necesidad de adaptar la escritura ideográfica de una lengua monosilábica, la china, para escribir un idioma aglutinante, que se sirve de desinencias y de partículas de mero valor morfológico. Hasta qué punto es histórica la tradición que considera como inventor del silabario *Kata-kana* a Kibi-Daijín, ministro de la emperatriz Shotoku, y como autor del *Hira-Kana* (la forma cursiva) al más famoso de los santones budistas del Japón, Kôboô-Daishi, es cosa que podemos dejar de lado. Nos bastará saber, para nuestro propósito, que la más antigua de estas dos formas *no aparece antes del siglo VIII* de nuestra era.

He aquí el valor de los signos de que consta:

Volales libres.....	a, e, i, o, u
Series silábicas....	ka, ke, ki, ko, ku
	sa, se, si, so, su
	ta, te, ti, to, tu
	na, ne, ni, no, nu
	ha, he, hi, ho, hu
	ma, me, mi, mo, mu
	ra, re, ri, ro, ru
wa, we, wi, wo, wu	
Consonantes libres:	<i>n</i> final.

Me apresuro a advertir que las series silábicas, cons. + vocal inclusa, no se conservan todas completas en la práctica. La serie con *w*, ha perdido la cons. inicial ante *e* o *i*, y la pierde ocasionalmente ante las otras vocales. La *y* fricativa ante *i*, y la *h* que precede a las vocales (menos en *hu*) se desvanece o se refuerza según la posición. De aquí resulta que en la serie de las cinco vocales libres, iguales a las españolas, sólo dos, *a* y *o*, tienen signo exclusivo para ellas, mientras que *e*, *i* y *u* figuran también en las primitivas series silábicas.

Tampoco es uniforme el valor de la consonante de algunas series. La *t* de *ta*, se convierte en *ts* ante *i* o *u*; la *h* de *ha* se cambia en *f* (ɾ) delante de *u*, y la *s* seguida de *i* toma el valor de *ś* (*sh*).

Hechas estas observaciones convendrá presentar otra vez el *Kata-kana*, pero dando a cada signo el valor que en la pronunciación le corresponde. Así se verá, entre otras cosas, cómo *un mismo sonido se puede escribir con varios signos*.

Vocal.	Signo.
A	<i>a, (h)a, (w)a</i>
E	<i>(h)e, (y)e</i>
I	<i>i, (y)i</i>
O	<i>o, (h)o, (w)o</i>
U	<i>(w)u</i>

Series silábicas en las que hay modificación de la consonante inicial:

ha, he, hi, ho, fu
sa, se, shi, so, su
ta, te, tsi, to, tsu.

Las restantes series, como en el cuadro anterior.

Con el conjunto de estos signos no se agota la fonética japonesa y habría sido necesario inventar nuevos caracteres para representar sonidos que no figuran en los cuadros anteriores, con lo que se habría complicado en extremo la escritura; pero los creadores del sistema, con un conocimiento de la fonética

(1) No se trata propiamente de nuestra *f*, sino de un sonido intermedio entre aspirado y fricativo.

muy apreciable para su tiempo, comprendieron que entre *t* y *d* y entre *b* y *p*, por ejemplo, existía un estrecho parentesco de articulación, y discurrieron añadir una tilde a la *t* para que sonase *d* y un circulito a la *b* para que sirviese de *p*. A los sonidos sin signo diacrítico los llamaron "sonidos puros" (*sei-on*) y a los modificados, "sonidos impuros" (*dahu-on*).

Establecieron, pues, dos grados de impureza: *ha''* = *ba*, primer grado; *ha°* = *pa*, segundo grado. A este procedimiento lo llamaremos en la sucesivo "impurificación", con el fin de no complicar la terminología fonética (1). Las series silábicas a que se aplica son las correspondientes a *t*, *k* y *s*, que admiten sólo el primer grado; y a la serie de *h*, que admite los dos grados. Así tenemos:

Sonido puro.				Sonido impurificado.				
				Primer grado:		Segundo grado.		
ta,	te,	tsi,	to tsu	da,	de,	j ^o ,	do, zu (2)	(No existe.)
ka,	ke,	ki,	ko, ku	ga,	ge,	gi,	go, gu	—
sa,	se,	shi,	so, su	za,	ze,	ji,	zo, zu	—
ha,	he,	hi,	ho, fu	ba,	be,	bi,	bo, bu	pa, pe, pi, po pu.

No quisiera cansar con estos preliminares en los que he procurado no decir nada que no haya de tener aplicación más adelante. Sólo añadiré, sin detenerme a explicar cómo ni cuándo, que la fusión o choque de ciertas sílabas produce resultados no previstos. Así, el diptongo *kyô* se puede escribir *ke* + (*w*)*u* y también *ki* + *ya* + (*w*)*u* o bien *ki* + *yo* + (*w*)*u*; la sílaba *tsu* (entre otras), seguida de ciertas consonantes, se asimila a ellas con pérdida de su vocal, de donde resulta duplicación de la consonante siguiente: *tsu* + *t* = *t't*; *tsu* + *k* = *k'k*; *tsu* + *h* = *p'p*. *Nitsu*, "sol" + *hon*, "origen" > *Nip'pon*, nombre oficial del Imperio del Sol Naciente (3).

(1) Una vez se trata de sonorización de las sordas, otras de oclusión de las continuas, etc.

(2) La pronunciación de la *j*, por sonorización de *sh*, es la de la *j* inglesa en *journal*, y la de la *z* precedente de *s* equivale a la *z* francesa en *zone*. Conviene observar que las sílabas *ji* y *zu* aparecen en dos series distintas.

(3) Más adelante, y en la medida en que sea necesario, señalaremos los recursos a que ha sido necesario acudir para representar con el

Este es, a grandes rasgos, el sistema que hemos llamado *A*. Se aplica, como sabemos, para escribir una lengua, no sólo esencialmente vocálica, sino formada normalmente de sílabas directas, es decir, en combinación de cons. + vocal y no al contrario. La combinación licuante + líquida (*tr*, *gr*, *kr*, *pr*, etc.) es ajena por completo a la fonética japonesa. Para transcribir, por ejemplo, "protestante", habría que escribir *pu-ro-te-su-ta-n-te*. Este sistema gráfico fué adoptado intencionada y reflexivamente para una lengua vernácula que se venía sirviendo con inexactitud e incomodidad de los signos chinos, y le va como anillo al dedo.

Pasemos ahora al sistema *B*. Hemos dicho que las incógnitas que contiene lo son parcialmente. En efecto, la escritura ibérica de que vamos a hablar, o sea la ceterior *con exclusión de la llamada tartesia*, ofrece todavía algunas dudas; pero la mayor parte de sus signos pueden considerarse descifrados con bastantes garantías de acierto. La otra incógnita es la lengua a que estos signos se aplicaron; y también aquí contamos con las leyendas monetales bilingües, con los testimonios de los autores griegos y latinos y con la lectura aproximada de algunos textos, todo lo cual arroja ya bastante luz. Y en cuanto a que ambas incógnitas estén en función recíprocamente, fácil es comprender que un mejor conocimiento de la lengua nos ayudaría a la lectura de las inscripciones y que, viceversa, una mejor interpretación de los signos completaría la idea que podemos formarnos de la lengua escrita con ellos. ¿Cómo sería esa lengua o, por lo menos, cómo sonaría?

LA LENGUA IBÉRICA.

Para los fines del experimento intentado vamos a *suponer* que esta lengua tuvo características *externas* semejantes a las

sistema silábico japonés los préstamos de lenguas menos vocálicas, es decir, con sílabas inversas y consonantes agrupadas.

Al lector que desee comprobar o ampliar los datos de este capítulo le recomiendo la *Grammaire Japonaise*, escrita durante mi estancia en el Japón por el misionero francés P. Cyprien Valet. Si aun vive y estas líneas llegan a su conocimiento vea en ellas un recuerdo nostálgico de nuestra antigua amistad.

del vasco; pero, con el fin de evitar desde el comienzo todo equívoco, séanos lícito recurrir a un símil, grotesco si se quiere, encaminado a precisar el alcance del supuesto anterior. Si personificamos al ibérico en un individuo desaparecido, veremos que los datos que de él nos quedan son tan escasos y contradictorios que no nos permiten identificar al sujeto ni siquiera determinar a qué raza pudo pertenecer. ¿Sería jafética o semítica? No lo sabemos. Conservamos, sin embargo, claros indicios de su complexión corporal: las ropas con que se cubría; y esto ya nos revela, cuando menos, si era hombre o mujer, cuál era su estatura aproximada, cuál la proporción de sus miembros y, en cierto modo, hasta su género de vida y sus costumbres. Todo esto es de bien poca utilidad para los que dirigen sus pesquisas a averiguar la filiación del desaparecido, ya que puede andar cerca de nosotros uno de sus herederos directos y nada probaría contra su ascendencia legítima el hecho de que no pudiera entrar ni moverse en la ropa de su antepasado. En cambio, si prescindimos por un instante de toda preocupación de parentesco y buscamos un individuo cuya configuración exterior coincida con la del no identificado, le ajustamos las prendas de éste, le hacemos que se mueva y le pedimos que adopte las posturas normales en un ser vivo, no sólo formaremos una idea aproximada del porte, complexión y aspecto general de la persona a quien no conocimos, sino que habrá ocasión de comprobar la relativa adecuación de la vestidura al sujeto que la usaba. El indumento conservado es la escritura ibérica; el personaje que ha de actuar de "doble" es el vasco, considerado en la forma más antigua a que nos sea posible remontarnos.

La cautela con que procedo en este punto no se ha de tomar, sin embargo, como condenación o desestima de los esfuerzos que algunos sabios vienen realizando para identificar el ibérico con el vasco. Es posible que se llegue algún día a ese resultado; pero, en el estado actual de nuestros conocimientos, tales intentos me parecen prematuros. Mientras no hayamos descifrado y *comprendido* con certeza una sola frase completa del ibérico, con su sujeto, verbo y complementos, para tener así un atisbo de la morfología y sintaxis de dicha lengua, todo serán tanteos más

o menos ingeniosos, como el de la declinación ibérica de Schuchardt, pero sin consecuencias aprovechables.

Citaré por vía de ejemplo un solo caso. Para explicar como sufijo ibérico, generador de gentilicios, la terminación *-tiko*, don Pío Beltrán (1) acude a un sufijo vasco *-tiko*, compuesto, según Azkue, del ablativo *-tik* y del genitivo posesivo *-ko*, con el significado todo ello de "procedente de". La realidad es que el sufijo usual en los letreros e inscripciones es *-kos*: *Argaili-kos*, *Calagori-kos*, *Cuelio-kos*, *Titia-kos*, etc. Y este sufijo o desinencia, cuando en la sílaba final del tema figura la consonante *t* puede parecer *-tikos* (pero nunca *-tiko*), como en las monedas de Aregorata (Vives, ceca 34, núms. 7, 10, 11, 14, 15 y 18). Cfr. *Arati(s)* con *Arat-ikos*, *Lutia-kos*, etc. En todos estos casos la *s* final es normal y en cualquiera de sus formas, *s* o *ś*, *la más frecuente de todas las terminaciones*. Seguramente hay que suplirla en la leyenda del vaso de Liria, cuya lectura en todo caso no es lo bastante cierta para fundar en ella interpretaciones gramaticales.

Por las razones antedichas y otras que nos apartarían del tema, me abstengo cuidadosamente de opinar en materia de parentescos o afinidades *intrínsecas* entre el ibérico y el vasco. Mirando, en cambio, las cosas desde fuera, es decir, atendiendo tan sólo a semejanzas fácilmente demostrables en la estructura fonética de ambos idiomas, pienso que vamos por camino seguro, aunque hayamos de contentarnos con resultados modestos.

* * *

Nos habíamos preguntado cómo sería el ibérico. Si se comprueba, y para mí es cosa averiguada, que esa lengua se escribió con un silabario, ya podemos descartar la probabilidad de que fuese semítica, puesto que, en las de este tipo, el núcleo fónico en que se encarna y fija el contenido conceptual lo constituye una combinación de consonantes, algo así como un signo taquigráfico, capaz de admitir en cualquier posición toda la gama de vocales. La escritura silábica presupone, por el contrario, una

(1) *Sobre un interesante Vaso escrito*. Valencia, 1942.

firme estabilidad de las vocales; y aunque permite un ligero deslizamiento de las consonantes adscritas a ellas, es siempre dentro de estrechos límites previstos. Esta característica se da plenamente en el japonés, escrito con silabario como sabemos; se da igualmente en algunas otras lenguas uralaltaicas, y la veremos asimismo confirmada en el antiguo vasco, cuyo parecido fonético con los idiomas en que domina el vocalismo ha sido durante muchos lustros el señuelo que ha seducido a no pocos filólogos de primera categoría. Por lo que se refiere concretamente al japonés, esta semejanza ha dado lugar, no sólo a investigaciones científicas, sino también a las conocidas anécdotas según las cuales algún viajero vasco, apenas desembarcado en el Japón, se entendía sin dificultad con los indígenas. Esto es absurdo; pero no se puede negar que la sonoridad, timbre y fijeza de las vocales, la pronunciación de las consonantes (salvo la *l*, que no existe en japonés y que tal vez es una adquisición reciente del vasco), y hasta la ausencia de acento tónico en ambas lenguas, han dado pie para tales leyendas. Yo mismo he tenido por allá la impresión de oír de cuando en cuando palabras vascas.

No voy a detenerme, como ya advertí al hablar de los signos japoneses, en hacer un resumen de la fonética vasca. Sólo señalaré las particularidades que puedan sernos útiles más adelante y, con el fin de no multiplicar las citas, entiéndase que, mientras no se advierta otra cosa expresamente, me remito para comprobación de mis asertos a los *Eléments de Phonétique Basque* de H. Gavel, *Revista Internacional de Estudios vascos*, 1921.

Vocales.—*A, E, O.*—Son iguales a las españolas y no piden observación.

I.—Tendencia a evolucionar hacia *e*; desaparición en el grupo *ei*.

U.—Vacilación entre *o* y *u* en préstamos latinos y romances. “El timbre sumamente abierto, que la *u* toma en boca de muchos individuos, da con frecuencia la impresión de una *ò*.” (Gavel.)

Consonantes.—*D.*—Caída de la *d* después de *l*: Bildur > bilur; oroldio > orolio; baldimba > balimba.—*F.* Articulación rara en el vasco, como en el japonés. En éste sólo aparece ante

u en la serie de las aspiradas, como hemos visto. Comp. en vasco las variantes *ohe* = *afe*, "cama".—G. Sólo nos interesa de esta letra el sonido suave, *ga*, *gue*. Desaparece a menudo entre vocales.

H.—El uso de esta aspirada no es ajeno al vasco, como suele afirmarse sin fundamento. Es cierto que está en vías de desaparecer en algunos dialectos de la zona española, aunque no en todas las regiones (1). "Lo que llevamos expuesto debe convencernos de que la *h* no es extraña a nuestra lengua, como se pudiera creer a juzgar por los límites a que está reducida su influencia. Para convencernos aún más de ello *quede establecido que antiguamente debieron de valerse de ella, todos los vascos*" (2). En los dialectos de Francia la aspiración es normal e imprescindible; es más, aparece frecuentemente como epentética en todo el territorio vasco para evitar hiatos. Este retroceso parcial de la *h* concuerda con el que hemos señalado en japonés. En ocasiones en que no se sospecharía su existencia reaparece al contacto de otros sonidos, como la letra borrada de un código al tocarla con el reactivo.

L.—Esta consonante no existe propiamente en japonés, aunque sí una *r* muy suave que la substituye en los préstamos. "Manila" se transcribe *ma-ni-ra*, como en algunos dialectos bereberes. Gavel cree que "la *r* suave intervocálica proviene frecuentemente en vasco de una *l* primitiva". Yo pienso que es al revés y que así lo prueban los préstamos lat. *caelu* > *zeru*, "cielo"; lat. *angelu* > *aingeru*, "ángel"; *diabolus* > *deburu*, etcétera. En cuanto al intercambio de *l* y *r* en vasco, ya Arturo Campión había calificado de "ligereza inexcusable" la afirmación de quienes lo ponían en duda.

P.—Como inicial es normalmente ajena al vasco. En japonés sucede lo mismo: casi todas las voces con *p* inicial son extranjeras, como *pan* (tomado del español), *puotesutanto* "protestante", etc. En el interior de dicción aparece la *p* en ambos idiomas en circunstancias que mencionaremos más adelante.

(1) Arana, *Lecciones de Ortografía del Euskera Bizcaino*, Bilbao, pág. 33.

(2) Azkue, *Diccionario*, letra H.

R.—Puede ser suave, *r*, y fuerte, *rr*. (Véase lo dicho acerca de la *l*). El sonido de *rr* fuerte es anormal en japonés, aunque no desconocido en algunas regiones. Recuérdese para después la repugnancia del vasco a la *r* inicial y su escaso uso como final.

S.—Tres variantes: una con sonido semejante a la de la *s* española; otra sonora como la *z* francesa en *zone*; y otra parecida a la *ch* francesa. Las tres existen en japonés, según hemos visto, aunque no para todas las vocales.

Ts (= *ch* española); *Tz* (= *ts* o *z* italiana). Ambos sonidos son comunes al vasco y al japonés, si bien en este último *tz* se pronuncia a menudo casi *dz* (con *z* sonora). En las capas más antiguas del vasco y en vocablos tomados del latín el grupo *ti*, ante vocal, aparece cambiado en *tz* (Gavel) (1).

W.—Sonido consonántico ocasional de la *u* ante vocales.

Licuyente + líquida. Esta combinación se resolvía en el antiguo vasco de la misma manera que en japonés, o sea descomponiendo el fonema en dos sílabas mediante la adición de una vocal a la licuyente: *predicare* > *peredikatu*, *cristiano* > *quiristianno*, *cruce* > *gurutze*, *Petri* > *Bethiri*. Compárese también *koloka* o *koroka* con el esp. *clueca*, de donde, al parecer, se derivan las formas vascas. A estos ejemplos, tomados de Gavel, se pueden añadir los siguientes: *aprilis* > *aphirilla* (2), *granum* > *garaun* (3).

Hay que notar, sin embargo, una diferencia importante entre los dos idiomas que comparamos. La *u* incluida en los signos silábicos japoneses tiene un timbre apagado (a veces equivale a la *e* muda francesa) o desaparece a menudo por completo. Por

(1) Este cambio se había producido ya en el latín vulgar.

(2) Grafía de J. Etcheberry (1645), citada por Saroïhandy, *La plus ancienne orthographe de la langue basque*. "Rev. Int. de Est. Vascos", tomo XVI, 1925, pág. 339.

(3) Altube, *De fonética vasca*. Ibid., tomo XIV, 1923, pág. 524. Más ejemplos se pueden ver en Castro Guisasola, *El enigma del vascuence ante las lenguas indoeuropeas*, Madrid, 1944, pág. 327 y sig. Las conclusiones desconcertantes de esta obra, de las cuales se puede disentir más o menos, no le restan utilidad ni mérito. Se trata de un estudio valiosísimo que resuelve, a mi entender, no pocos problemas difíciles y que, siquiera como instrumento de trabajo, ha de consolidar, andando el tiempo, la muy alta estimación que merece.

eso, para imitar o transcribir las combinaciones extrañas en que hay licuante + líquida, el japonés usa para la licuante el signo con *u* inclusa. En vez del *girisitano* vasco, el japonés habría formado *k(u)-ri-s(u)-ti-ya-no*. La voz inglesa *Christmas* se transcribe *K(u)-ri-su-ma-s(u)*. El vasco, en cambio, prefería descomponer la combinación consonántica dotando a la primera consonante de una vocal igual a la que va tras la segunda: en vez de *girisitano*, a la japonesa, *girisitano*; en lugar de *puredikatu*, *peredikatu* (vasco). Mientras que en japonés este procedimiento sigue siendo normal y constante para *br*, *tr*, *kr*, *gr*, etc., el vasco moderno, muy alejado ya de la etapa silábica, ha perdido la repugnancia a la fusión directa de licuante + líquida, como lo prueban los préstamos recientes.

Impurificación.—El primer grado, $t > d$, $k > g$, $s > z$, es común a muchas lenguas sumamente dispares y por eso carece de consecuencias el hecho de que se dé por igual en japonés y en vasco. Más interesante es que aparezca también en esta última lengua el grado segundo, en las mismas circunstancias y con el mismo resultado que en japonés. *Ba-dakit-bai* en vasco, se convierte en *ba-daki'pai*; *nik + bai*, en *ni'pai*. Compárese el japonés: *ichi* (“uno”) + *hai* (“copa”) > *ip'pai*, “una copa”.

Creo que de lo dicho hasta aquí se puede inferir sin violencia que el vasco, sobre todo el antiguo, se habría podido escribir en buena parte con un silabario cuyo mecanismo, prescindiendo de la figura de los signos, hubiese sido casi igual al que vemos en japonés. Digo “en buena parte” porque el vasco, aun el más antiguo que conocemos, admitía ya sílabas inversas, es decir, de vocal + consonante, para lo cual necesitaba elementos consonánticos libres en mayor proporción que el japonés. Vale tanto como decir que si la escritura vasca había de adaptarse al habla, debió de haber empezado la evolución hacia el alfabeto en época anterior a los más remotos textos que se conocen. Siguiendo, pues, la hipótesis en que nos venimos apoyando, vamos a ver ahora hasta qué punto es aplicable a la supuesta lengua ibérica cuanto hemos observado en el vasco, y entraremos sin más preliminares en el examen de los signos ibéricos. Como punto de partida atribuiremos a cada signo la interpretación más autorizada que se conoce, la de Gz. Moreno, y a continuación expon-

premos, si ha lugar, las observaciones que nos ocurran. Usaré en general una sola forma de cada signo, la más corriente, en representación de las demás, mientras no sea necesario traer otras a colación.

LA ESCRITURA IBÉRICA.

Vocales ibéricas.

▷ = a; † = e; ¶ = i. Sin observación.

H = o. Esta equivalencia parece suficientemente comprobada. Hübner creyó ver en este signo el *cheth* fenicio y le atribuyó el valor de *h* aspirada. Zóbel pensó ya en que tuviera el sonido de *o*, pero asociado con la aspirada: *ho* u *oh*. Recuerdo estos antecedentes porque también yo soy de opinión de que esta *o* forma parte de una primitiva serie silábica con *h* antepuesta. Ya hemos visto que en japonés la vocal *o* se representa con signo propio puramente vocal, y con el signo de (*h*)*o*, indistintamente; sin perjuicio de que la aspiración reaparezca en circunstancias determinadas. La palabra japonesa *nioedo* (de la famosa poesía *Iroha*) se pronuncia como en castellano, pero se escribe realmente *ni-ho-he-to*, donde se ven dos sílabas de la serie aspirada en funciones de simples vocales; en cambio, en la traducción del *Quijote*, este nombre se transcribe *Ki-ho-te*.

La interpretación que acabamos de proponer para el signo H ibérico, plantea en seguida una dificultad que no debe callarse. Según el sistema silábico que nos sirve de referencia, la "impurificación" de H (*ho*) daría *bo*; y como ya tenemos un signo especial para *bo* (✱) en el silabario de Gz. Moreno, resultaría, o que uno de los dos caracteres sobra, o que se trata, y esto es lo que pienso, de dos formas de un mismo signo. La cosa en sí no debe causar extrañeza, puesto que, sin salir de lo ibérico ceterior, se suelen admitir para un mismo signo 6 ó 7 gráficas, bastante divergentes entre sí (y hasta 10 para *r*). En cuanto a la figura de los dos signos que estamos comparando no faltan, ciertamente, formas intermedias que faciliten el paso de H a ✱. En algunos letreros el trazo horizontal de H sobresale a ambos

lados, con lo que ya se inician las seis puntas; y aun parece ser que en la colección de Navarro existía el signo **H** con ambas verticales curvadas hacia adentro y el trazo horizontal sobresaliente, exactamente igual que lo vemos en el signo tercero que pone frente a *bo* Gz. Moreno en la escritura egipcio-egea: **⌘**.

Pienso que viene a reforzar mi supuesto la equivalencia **⌘AMAY** = **HAMAY** (H. n.º 47). Es cierto que Vives no la recoge en su ceca 37; pero la afirmación de Berlanga de haber visto estas monedas con **H** inicial, si no es completamente inventada, probaría, cuando menos, que una forma de **⌘** puede a veces confundirse con la de **H** (1). En todo caso, si identificamos **H** con **⌘**, la lectura (H)OLSCAN (en vez de *bolscan*, que propone Gz. Moreno) no resultaría disparatada, para monedas que, "por razones ajenas a la interpretación de su letrero" (Vives), se creen acuñadas en Osca.

↑ = *u*. El elemento consonántico latente siempre en esta vocal se encuentra también en ibérico. Gz. Moreno lo representa por *v*; y aunque para la pronunciación castellana da lo mismo *v* que *b*, creo que sería más propio escribir *w* o *b* (fricativa). Comp. Vasco *gau* + *on* > *gabon*. **⌘⌘⌘⌘⌘** debía sonar *Ercawica* o *Ercab^uica*.

Consonantes libres.

Llamo consonantes libres a las que pueden formar sílaba directa o inversa con cualquier vocal, o juntarse con otras consonantes sin vocal intermedia.

⌘ = *l*. Recuérdese lo dicho acerca de la *l* vasca.

⌘ = *r*. Véase la observación anterior. El hecho de que esta consonante no sea nunca inicial en vasco podría hacer sospechoso el letrero **⌘⌘⌘⌘** (H. n.º 105, V. 86^a). Parece ser que es caso único y valdría la pena de que los iberistas lo estudiaran.

⌘ = *m*; **⌘** = *n*. Se exponen estas dos consonantes juntas porque a menudo aparecen trocados sus sonidos. Esta obser-

(1) Después de escritas estas líneas he tenido confirmación fidedigna de la forma intermedia, con las verticales curvadas hacia adentro, en moneda de Osca.

vación la hizo ya Gz. Moreno y sólo se me ocurre añadir que en los casos en que la *n* va seguida de ciertas consonantes su aproximación a la *m* es normal y no desconocida en castellano (1).

En vasco es frecuente que aparezca una *h* después de *n*, lo que se interpreta por algunos como un modo de referir la *n*, en la silabización, a la vocal anterior, para que no se apoye en la siguiente: *Ain-(h)oa* en lugar de *ai-noa* (Gavel, pág. 471). Si aplicamos este procedimiento al ibérico, las vocales precedidas de *n* y que contengan algún elemento consonántico (↑, según se admite generalmente, y **H** como admito yo), producirían el efecto de cortar las sílabas como en vasco, y habría que referir la *n* al final de la sílaba anterior a ↑ o **H**; con lo cual la nasal participaría por igual del timbre de *n* y de *m*. Así, tendríamos en la pronunciación **X↑↑M↑↑**, *Ta.ⁿ/_m + usia*, **M↑↑M↑↑H↑↑**, *Segisa.ⁿ/_m + (h)on* (2).

⚡, **M** = *s*. Se supone que cada uno de estos dos signos corresponde a una clase particular de *s*: ⚡ a la *s* española entre vocales, y **M** a la fricativa (*ch* fr., *sh* ingl.). Esta suposición tiene en su apoyo, a mi juicio, la variante **↑M⊙↑** de **↑M⊙↑**. La *r* antes de la *s* parece puesta en las transcripción para asegurar el sonido fricativo. Lo mismo pienso de la *l* de **X↑M↑**. Otra indicación de que ⚡ sea muestra sibilante española es el letrero **⚡⚡⚡** del que volveremos a tratar luego. Por otra parte, la forma de **M** se conserva sin variación sensible a partir de los jerglíficos y corresponde al sonido de *schin* en los alfabetos semíticos, donde se distinguen debidamente las varias clases de silbantes.

En la serie de consonantes libres hay que notar la falta de un signo para el sonido *ts*, común al japonés y al vasco y de mucha importancia en este último. En japonés el sonido de *ts* aparece por transformación de *t* ante *i* o *u* y carece, por tanto, de signo especial. En la modificación que propone el Sr. Beltrán (3) al

(1) Navarro Tomás, *Pronunciación española*, 1918, pág. 86.

(2) Es interesante notar a este propósito que, según Gavel (pág. 450), no se encuentra nunca la *h*, en vasco, después de *m*.

(3) *Investigación prehistórica*, Diputación Provincial de Valencia, 1935, pág. 50.

alfabeto-silabario de Gz. Moreno, atribuye a ʒ y a ʒ el valor de *ds*, *tz*. No lo creo probable; pero como anuncia que ello quedará "completamente justificado" cuando publique un trabajo que prepara, parece prudente esperar. Yo, en cambio, me inclino a admitir que Ψ ante vocal sonase a veces *tsi*, como hemos visto en vasco, y esto podría tener confirmación en el letrero $\text{⊕}\Psi\text{⊗}\text{⊗}\text{⊗}$, que examinaremos más adelante (pág. 36).

No hemos apurado el examen de algunos signos que pudieran ser también consonantes libres porque su interpretación es incierta mientras no se adelante algo más en el conocimiento de la escritura tartesia.

Series silábicas.

Las equivalencias entre paréntesis corresponden a combinaciones que serían de esperar con arreglo al sistema *A*, pero que no aparecen en el cuadro de Gz. Moreno. Algunas, como veremos, pueden tenerse por probables.

Primera serie:

Signo.....	A	ʒ	ʒ	X	⊕
Sonido puro.....	ka	ke	(ki)	ko	ku
Idem impuro.....	(ga)	(ge)	gi	go	(gu)

En esta serie de las guturales llama la atención la ausencia de un signo para *ki*, ya que esta sílaba, a falta de *k* libre, no podría escribirse *k + i*. Es cierto, sin embargo, que en los letreros con ʒ se acomoda siempre mejor la lectura *gi* que *ki*. Resulta curioso observar que en las series japonesas la *i* transforma a veces el sonido de la consonante anterior. En la serie impura la pronunciación *ga*, *ge*, puede darse por existente, y creo que si no figura en el cuadro es por omisión involuntaria.

En cuanto a ⊕ hay que formular una objeción importante, que repetiremos más de una vez. Gz. Moreno piensa que se puede leer *ko* en *Basconas* y *Ku* en *Cueliogos*. Esto es completamente inadmisibles en un sistema silábico. Una cosa es que la *u* de *ku* sea tan abierta que se aproxime a *o*, en la pronunciación (pág. 20).

y otra cosa es que, existiendo en un silabario un signo *ko*, se emplee otro signo, *ku*, con el valor de *ko*. Así se invalidaría todo el sistema.

Serie segunda:

Signo.....	X	⊕	Ψ	W	Δ
Sonido puro.....(ta)	te	ti	to	(tu)	
Idem impuro..... da	de	di	(do)	du	

Aunque el Sr. Gz. Moreno no incluya *ta* en su cuadro, no creo que forme escrúpulo de que el primer signo de $X\uparrow M\uparrow M\uparrow$ se lea *ta*. Lo mismo digo de $\Delta = tu$, en $\Delta\uparrow\Psi\uparrow\Psi\uparrow$, *Turiasu*. La omisión de estas equivalencias se debe, sin duda, a que se dan por supuestas, como advertimos en la serie de las guturales. En cuanto a $W = to$, o *tu*, hemos de repetir la objeción formulada contra $\oplus = ko$ o *ku*. Para $\oplus = te$, $\Psi = ti$, se nos da ya la equivalencia *de*, *di*, que era de esperar. (Recuérdese la posibilidad indicada de que Ψ suene *tsi* ante vocal.)

El signo \otimes nos plantea otro conflicto semejante a los que hemos anotado anteriormente. En un sistema silábico en el que un mismo signo sirve para la sorda y para la sonora correspondiente ($k > g$, $t > d$) resulta anormal la existencia de dos caracteres independientes, uno, Δ , para $tu > du$, y otro, \otimes ; especial para *tu*. Ya nos avisa Gz. Moreno que para éste y otros signos "de uso muy restringido, las pruebas en su apoyo son algo convencionales". A mi entender, \otimes es sencillamente una de las formas de \oplus (*te*), como se ve en la ceca 70 de Vives. Volveremos sobre esto más adelante; y, para terminar con esta serie y dejar sentada de paso una observación general, diré que es preferible contar con la estabilidad vocálica de los signos como punto de apoyo para futuras investigaciones, a dejarlos con una equivalencia fluctuante con el fin de poderlos acomodar en cada caso a la lectura que mejor nos cuadre. Si leemos *Nertobis*, con W , hemos de leer *Báitolo* y no *Báitulo*; si leemos *Conterbia con* \oplus hemos de leer *Cástelo* y no *Cástulo* (1). Esto

(1) El apagamiento de la vocal postónica, supuesta la acentuación esdrújula en *Báitolo* y *Cástelo*, permite la aproximación a las formas *Báitulo* y *Cástulo*, sin violentar la escritura. Compárese para *Cástulo*

será de momento menos lucido que lo otro, pero introducirá en los tanteos un principio de disciplina que puede ser muy fecundo a la larga.

Serie tercera. Hemos visto que en japonés las labiales *b* y *p* se originan de una serie aspirada mediante los signos diacríticos de "impurificación": *h > b*, primer grado; *h > p*, segundo grado. Salvo en determinadas posiciones internas, la aspiración que precede a *a*, *e*, *o*, es tan imperceptible en la actualidad que los signos *ha*, *he*, *ho*, funcionan a menudo como vocales puras. Suponiendo que algo parecido hubiera existido en el sistema ibérico, podríamos formar nuestro cuadro hipotético como sigue:

Signo.....	l,	Λ,	Γ,	Χ ο Η	Π
Sonido puro.....	(ha)	(he)	(hi)	(ho)	(hu)
Idem impuro, primer grado.....	ba	be	bi	bo	bu
Idem íd., segundo grado.....	(pa)	(pe)	(pi)	(po)	(pu)

¿Hasta qué punto responde este supuesto a los datos conocidos? Respecto de l, cuyo valor de *ba* doy por confirmado, no existe indicio razonable, que yo sepa, para atribuirle el valor de *ha*, ni consta que haya asumido el de *pa*. Parece ser, en cambio, que suena a veces *ma*, mediante una permutación que es normal en vasco y también conocida en castellano.

Para Λ la comprobación es escasa y prematuro, por tanto, lo que se pudiera decir. Esto no obstante, puesto que las figuraciones atrevidas tienen su más adecuado lugar donde todo es desorientación y oscuridad, ahí va una que me parece, por lo menos, divertida. En el vaso escrito de San Miguel de Liria (1) hay una multitud de letreros en todas las posiciones imaginables. En la parte alta del friso, y paralelamente a ella, figura una larga leyenda, que bien pudiera ser descripción de la escena representada por el pintor; pero luego se ven letreros más cortos, dispuestos en arco de círculo y hasta en forma de rueda, y colocados delante de la cara de un jinete, arrancando del pecho de un

la grafía latina CASTLO (Hübner, inscrip. XLV) y la griega de Estrabón, καστλόν.

(1) Ballester Tormo, *Investigación prehistórica*, Valencia, 1942, página 150.

caballo, debajo de las patas de otro, etc. Todos estos letreros son claramente legibles y responden a lo que ya sabemos acerca de la fonética ibérica; pero hay uno, precisamente el que sale del pecho del caballo, que no tiene aspecto de palabra, por cuanto en él se repite hasta cinco veces seguidas un mismo signo. Esto induce a creer que pudiera tratarse, no de una expresión conceptual, sino de una onomatopeya (1). Dicho signo es una variante de **A**. Dando un paso más en el camino de la fantasía, y supuesto el valor de *he* que yo presumo en la serie aspirada, lo que dice el caballo, mientras el jinete grita ¡*ban!*, sería ¡*él-he-he-he-he!*; lo que daría una imitación no despreciable del relincho... (2). En todo caso, no sería ofensivo para el caballo atribuirle esta expansión. Mayor agravio, y éste para la dignidad y cordura de los iberos, es suponer que se entretuviesen en acuñar monedas o esculpir inscripciones para transmitir a la posteridad mensajes como éstos: *Tengo boca;* *Tengo maduras lentejas*. ¡Y esto se ha escrito completamente en serio!

Volviendo a la prosaica realidad, diremos que si es incierta la lectura de **A** no lo es menos la de **B** por *bu*. El valor de **F** = *bi*, en cambio, parece suficientemente probado. La posibilidad de que haya sonado *hi* tiene en su apoyo un solo dato, pero, dada la escasez del material que manejo, me parece altamente interesante. Está en el plomo de Mogente y dice así: **¶ΛM71Λ4***. La lectura de estos signos, escritos de derecha a izquierda, sería, con arreglo a la interpretación aceptada generalmente: *sakar-biskar*. En otro plomo inédito de Liria, del que me da noticia Gómez Moreno, figura **♠Λ1¶3C¶**, *sakarisker*, y ambas lecturas se corroboran con la transcripción del plomo de Alcoy, en caracteres alfabéticos, *sakarisker*. Se trata, pues, de una grafía documentada como pocas y ocurre preguntarse de dónde salió la *b* del plomo de Mogente. Si se admite por un momento la existencia de la serie silábica aspirada, que he supuesto, la respuesta no puede ser más satisfactoria: el signo **F**, al que atribuyo el

(1) Cfr. la transcripción usual de la risa: *ja, ja, ja; je, je, je; he, he, he*, etc.

(2) Los diccionarios castellanos representan la voz del caballo con *hin*.

valor de *hi*, *bi*, *pi*, según el grado de impurificación, tiene en el plomo de Mogente el valor de *(h)i*, *sakar(h)iskar*. ¿Por qué se ha echado mano en este caso de la *i* precedida de aspiración, en vez de utilizar la vocal pura? A esto respondo recordando que en el vasco se intercala a veces la *h*, donde etimológicamente no está justificada, al solo efecto de evitar el silabeo incorrecto que de otro modo resultaría (Gavel, pág. 471). Así, para indicar que la *i* no ha de silabificar con la consonante anterior (*sa-ka-ris-ker*), y que ha de unirse solamente con la siguiente (*sa-kar-is-ker*), se emplea **F** en lugar de **V**. Si esto es verdad, la aspiración correspondería al guión con que representamos la división SACAL-ISCER (anverso y reverso) en la leyenda escrita con letras latinas en una moneda de Cástulo (Vives, LXX, 13).

El segundo grado de impurificación, que daría *pi*, lo supone razonablemente el Sr. Vallejo en *Piurtitu* (que yo leería *Piurtite*), en *Piurtetel* y en *Piur* (1).

En cuanto a **X**, he postulado que sea simple variante de **H** y he dado por supuesto que ambos signos, originariamente *ho*, guarden latente el elemento aspirado que sale a relucir en ciertos casos. Uno de éstos podría ser, para **H**, el de **𐌵𐌹𐌸𐌹** = *Nerbon* (Hübner, n.º 1). Para **X** hemos supuesto el valor de *(h)o* en monedas de Osca; el de *bo*, que da Gz. Moreno, no parece improbable en otros casos; y el de *po* lo sugiere el Sr. Vallejo (2), basándose en una marca ibérica de alfarero **𐌶𐌹𐌸𐌹** que concuerda con la latina *Protém-us*, al parecer, del mismo artesano. Otro caso de **X** por *po* podría ser, a mi juicio, el de **𐌶𐌹𐌸𐌹𐌶𐌹**, *Compouto* (Complutum?) (3).

Grupos de consonantes.

Hemos llamado la atención, en vasco, acerca de la caída de *d* tras *l* (pág. 20), y es interesante comprobar este mismo fenómeno en ibérico, a juzgar por las grafías latinas correspondientes.

(1) Vallejo, loc. cit., pág. 474.

(2) Loc. cit. La lectura es muy atractiva, pero no está exenta de reparos.

(3) Hübner, n.º 93.

Fisiológicamente debió de originarse de una asimilación de *d* a *l*, lo que produciría una *l* doble (no mojada), reducida después a *l* sencilla :

Ilduro > *Iluro* (Vives, ceca 7).
Ildurir > *Ilurir* (Idem, 98).
Ildirda > **Iirda* > *Ilerda* (Idem, 13).
Ildugoite > **Ilugoite* > *Ilugo*[*nenses?*] (Idem, 16).

*Licuan*te + *liquida*.—Ya hemos visto que el japonés y el vasco antiguo, lenguas fundamentalmente vocálicas, rechazan la combinación de oclusiva y líquida; con la diferencia de que el primero añade a la oclusiva una *u* en todos los casos (1) y el vasco le añade la misma vocal que sigue a la líquida. El Sr. Vallejo, que también ha deducido esta norma por su cuenta, la formula, aplicada al ibérico, como sigue: “Téngase en cuenta que para escribir un grupo oclusiva + líquida, vemos empleado el signo de la oclusiva correspondiente al vocalismo siguiente a la líquida.” Aduce como ejemplos, a más de su lectura, *Po-r-o-te-n* = *Protém*, los ya conocidos de *Chunia* y de *Segobrices* e incluye, como Gz. Moreno, el de *Contrebia* que, a mi juicio, no hace al caso, puesto que el letrero ibérico dice *Conterbia* y no **Conterebia*, como pediría la norma antes formulada.

Grupos de vocales.

Es de notar la reducción del grupo ibérico *ei* a *e*, como en vasco, *Areigoradas* contra *Aregoradas* (Hübner, n.º 79); $\text{P}\text{P}\text{P}\text{P}\text{X}\text{P}\text{P}\text{X}\text{M}$ contra $\text{P}\text{P}\text{P}\text{X}\text{P}\text{P}\text{X}\text{M}$ (Vives, 34; Hübner, n.º 79; *e*. Inscip. XXXV, Luzaga); *abarrieikid*^a (plomo de Castellón) contra *abarrekide* (vaso de Liria) (2).

* * *

Hasta aquí el repaso de los signos ibéricos por un observador

(1) Se exceptúa, sin embargo, el caso en que la vocal de la líquida es *u*, porque en japonés no existe, por ejemplo, la sílaba *tu*, sino *tsu*. Para transcribir, pues, *tru* hay que usar *to* + *ru*.

(2) Beltrán, *Investigación prehistórica*, Valencia, 1935, pág. 55.

neutral. Confieso que lo hice a salto de mata y con materiales, no sólo escasos, sino en buena parte anticuados; y no necesito añadir que sin preparación suficiente, porque esto ya lo deducirá el lector entendido. Ha llegado, pues, el momento de dar por terminado el experimento que me propuse; pero antes de abandonar esta materia, con la que ya empezaba a encariñarme y que me ha procurado más diversión de la que esperaba, quisiera contestar, hasta donde a mí se me alcance, a ciertas objeciones que formula el Sr. Vallejo a la teoría silábica de Gz. Moreno con ánimo, a mi ver, no de desvirtuarla, sino de buscar claridad en algunos puntos insuficientemente iluminados.

La primera cuestión pienso que puede resumirse como sigue: Gz. Moreno ha dicho que "la estructura de la lengua ibérica puede reconocerse mediante tres tipos fundamentales: como el plomo de Alcoy", etc. "Ahora bien, escribe el Sr. Vallejo, en este tipo falla uno de los principios estructurales asignados por el Sr. Gz. Moreno a lo ibérico..., o sea que *no puede haber sílaba cerrada por oclusiva...*". Y añade: "Si, por consiguiente, la inscripción de Alcoy está en lengua ibérica, es una lengua ibérica que se manifiesta en un *rasgo básico de su estructura* como extrañamente distinta de la lengua de los vasos de Liria y del plomo de Castellón." Deducción lógica: o la lengua de Alcoy no es ibérica o las transcripciones son defectuosas.

El Sr. Gz. Moreno contestará, si quiere, lo que le dicte su mucho saber. Mi modesta opinión es la siguiente: La lengua del plomo de Alcoy *no es* la misma supuesta lengua ibérica, cuyo mecanismo fonético he tratado de deducir y comprobar al través de las leyendas monetales y de las inscripciones que he citado. Por otra parte, la interpretación del plomo de Alcoy podrá ser más o menos discutible en sus detalles, pero ya no cabe dudar, a mi entender, de que su escritura es alfabética. Cuando Hübner transcribía *Klsthn* no se le ocultaba a nadie que las vocales podían estar inclusas, como se ha demostrado después; pero, cuando en una escritura alfabética, que permite escribir *baserokeinubaida* con verdadero lujo de vocales, aparecen combinaciones consonánticas como *rib*, *rsd*, etc., ya no es razonable acudir, para explicarlas, a una supuesta fuga de vocales imputable al sistema gráfico. Yo no niego que *turlbai* sea también ibérico;





lo que quiero dar a entender es que se trata en todo caso de otro ibérico, distinto del que yo he tomado por base para estudiar la correlación entre la escritura y el habla. Y si esto es así no debe causar extrañeza que fallen en el plomo de Alcoy las normas deducidas de una lengua diferente.



Ahora bien, sea cualquiera la índole de la lengua de Alcoy, esto no quita que su lectura preste un apoyo valiosísimo en los tanteos de interpretación de lo ibérico; y en esto le doy toda la razón a Gz. Moreno. Si utilizamos, en efecto, como elementos de comprobación, nombres propios de personas y de lugares transcritos en latín y griego, ¿por qué no han de servirnos los transcritos en una lengua peninsular que, aunque se aparte poco o mucho de la que tomamos por base, hubo de ser coetánea y vecina suya? *Sacariscer* en plomo inédito de Liria y *sacal iscer* en moneda latina, hallan una confirmación preciosa en el *sakaris-ber* de Alcoy, y sirven a la vez para corroborar la interpretación alfabética de éste.

Segunda cuestión. La existencia de signos silábicos, es decir, con vocal incluida, seguidos de esa misma vocal, que así resulta redundante, ¿confirma la teoría del silabismo o la desvirtúa? Los ejemplos que trae Gz. Moreno no son muy copiosos, pero bastan para plantear la dificultad: *aleduures*, *nomiduugoos*, *Caabaarimos* y algunos más. La solución que da el sabio arqueólogo no acaba de satisfacerme: Todo esto, dice, viene a “confirmar nuestra teoría en vez de contrariarla, dado que las excepciones surgen donde el alfabeto ibérico no respondía bien para lenguas extrañas”. ¿Qué dificultad, pregunto yo, podía ofrecer la transcripción del nombre propio *Cabarimos* con una escritura silábico-alfabética, cuando podría escribirse cómodamente hasta con el rigurosísimo silabario japonés? Mejor apunta, a mi juicio, el Sr. Vallejo al escribir (loc. cit., pág. 645) que “dichas grafías pueden representar simplemente otra modalidad de escritura entre la silábica y la alfabética”. Y esto nos lleva a un terreno que los especialistas deberán explorar a fondo algún día y que yo no haré más que señalar.

Podemos sentar la premisa de que todo sistema gráfico en el que coexisten signos silábicos y caracteres alfabéticos se encuentra en una fase evolutiva que ha de terminar necesariamente, si

no vienen a interrumpirla causas ajenas al proceso, en el alfabetismo puro. Pensar que la evolución pueda ser en sentido contrario, o sea desde la maravilla del alfabeto ya logrado hacia el silabismo, sería absurdo y además iría en contra de cuanto sabemos acerca de la historia de la escritura. Pues bien, durante esa fase evolutiva la disociación de los dos elementos, consonante y vocal, contenidos en el signo silábico, estará más o menos avanzada según los casos; apenas iniciada en unos y a punto de ser definitiva en otros. Se comprende, por tanto, la vacilación que se traduce en dobles grafías y se explica la aparición de esas vocales, que en un principio son superfluas, pero que representan el primer paso hacia la desintegración.

Si después de un signo que solía sonar *ku* apareció cierto día una *u*, el lector ibérico, conocedor de la palabra hablada correspondiente, la seguiría leyendo como antes; pero la *u* inclusa en el signo silábico habría empezado a perder su justificación. Y así daría comienzo la emancipación de la gutural como consonante libre hasta que, una vez consumado el divorcio, el signo de *ku* quedase reducido a una simple *k*, preparada ya para unirse con cualquiera de las vocales. No son muchos los ejemplos que he podido reunir, dada la escasez del material utilizado, pero los considero interesantes. Uno de ellos es el letrero  que ya había llamado la atención de los iberistas. Otro lo encuentro en lo que yo supongo ser una doble grafía de *Damaniu*. Hay fundados indicios, en efecto, de que  sonaba *ma*; pero en la época en que esto sucedía ya la *m* se había emancipado y podía combinarse con cualquier vocal (1). Se podía, pues, escribir *da-ma-n-i-u*, , o más alfabéticamente , *da-m-a-n-i-u* (2).

El signo  que yo interpreto como simple variante de  debía de estar también en trámite de liberación para adquirir el valor de una *t* libre, lo cual permitía escribir en una parte

(1) En realidad no sé que se haya usado más que con *a* varias veces, una con *e* en *Meduainum* y otra con *u* en *Usamus*. ¿Es que no existieron en la lengua ibérica las sílabas *mi*, *mo*? ¿O es que los signos silábicos correspondientes se esconden entre los no descifrados?

(2) Cecas 62 y 31 de Vives. Si se comparan atentamente las descripciones y las láminas correspondientes se verá que se trata de una misma ceca.

ti-ti-a-go-s y en otra t + i-ti-a-go-s: $\Psi\Psi\text{X}\text{M}$, $\Theta\Psi\Psi\text{X}\text{M}$, $\Theta\Psi\Psi\text{X}\text{M}$ (1). Esta doble grafía de la sílaba *ti* en un mismo letrero viene a confirmar el supuesto de que *ti* ante vocal se cambiase en *tsi*, como hemos visto en el antiguo vasco. Así para escribir *Titsiagos* había manera de representar ortográficamente la diferente pronunciación de la primera y de la segunda sílaba. Último ejemplo: la doble grafía *Aregoratikos* citada en la página 32. La última sílaba, *kos*, que en las leyendas monetales está escrita con el signo silábico *ko* + *s*, XM , aparece alfabéticamente descompuesta en el bronce de Luzaga, *k* + *o* + *s*, $\Theta\text{X}\text{M}$. Por cierto que al ir a comprobar esta lectura en el dibujo de la lámina, tal como lo reproduce Hübner (inscrip. XXXV), vi con desilusión que el signo que debía ser X aparecía X . Por fortuna para mi tesis, si es que algo vale, la magnífica reproducción en colores publicada por el P. Fita no deja lugar a dudas.

El orden en que los caracteres silábicos empezaron a desprenderse de sus respectivas vocales no se puede señalar con certeza, aunque sea de presumir hasta cierto punto. El vínculo más duradero, como era de esperar, fué el de las licuantes; lo que se explica por la repugnancia de la lengua a la combinación muda + líquida, ya que si *t*, *k*, *p* (o sus sonoras) no tenían que mezclarse con otra consonante (*tr*, *kl*, *br*, etc.), para nada les había de estorbar la vocal inclusa correspondiente. Si nos atenemos a la marcha que se observa en el sistema *A*, las primeras sílabas que perdieron su vocal en *B* debieron de ser las que tenían por inicial *n*, *m* o *s*, a las cuales seguirían las líquidas; pero ya entramos en terreno puramente conjetural, y la argumentación pertinente nos entretendría demasiado.

A lo que quería ir a parar es a las consecuencias que tendría para la escritura ibérica el arrumbamiento de los signos inútiles. Elegido, por ejemplo, un signo de la serie *ma*, *me*, *mi*, *mo*, *mu*, para representar a la *m* libre, ¿qué se hizo de los restantes de la serie? ¿Se usarían, acaso, indistintamente? Esto podría explicar en algunos casos la multiplicidad de signos, a veces sin parecido gráfico, con que se representa una misma consonan-

(1) Cecas 68 y 70 de Vives. En las láminas puede comprobarse la casi identidad de las monedas: cabeza desnuda (A) y jinete con lanza (R).

te (1). A este propósito es curioso observar que la única consonante que nació libre en los orígenes del silabario japonés fué la *n* (final). Pues bien, si suponemos que el silabario ibérico disfrutó igualmente en época temprana de una *n* libre, no habría necesitado nunca los cinco signos *na*, *ne*, *ni*, *no*, *nu* y en ningún momento le habrían sobrado cuatro para escribir dicha nasal; a esto respondería el hecho curioso de que la *n* ibérica no tiene en realidad más que una forma.

Si estas observaciones no parecen descaminadas podríamos sacar de ellas alguna enseñanza útil, a saber: Donde exista una serie completa de cualquier consonante con las cinco vocales no se deben admitir sin cautela nuevos signos silábicos que no sean variantes notorias de los ya comprobados (recuérdese lo que hemos dicho de Δ y \otimes para representar *tu*). Inversamente, no debe causarnos recelo el hecho de que una consonante libre aparezca con varias formas, aunque sean divergentes entre sí. Otra deducción: Así como es lícito suponer que un signo ordinariamente silábico funcione alguna vez como simple consonante, será permisible, por las mismas razones y cuando la lectura lo reclame, adjudicar una vocal (*siempre la misma*) a alguno de los signos que normalmente sirven de consonantes libres. Este margen de elasticidad, que contrasta con el rigor que hemos exigido en cuanto a la invariabilidad de la vocal del signo silábico, es consecuencia lógica del estado evolutivo de un silabario en trance de convertirse en alfabeto.

Un corolario interesante de la explicación que hemos dado para las dobles grafías es la posibilidad de fijar cronológicamente la precedencia de un documento respecto de otro. Podría formularse así: cuando dos grafías de un mismo texto aparezcan en determinada región, escrita la una total o parcialmente con caracteres silábicos mientras la otra da resueltos en signos alfabéticos uno o más de dichos caracteres, se ha de presumir, *caeteris paribus*, que la segunda grafía es posterior a la otra.

(1) Examinando el cuadro de Gz. Moreno vemos que *a*, *e*, *i*, por ejemplo, presentan varias formas, pero todas reducibles a una figura. Obsérvense, en cambio, las diferencias radicales que ofrecen entre sí los diversos signos aplicables a *m*. Véase la nota de la página 35.

Según esto, si no es falsa la lectura propuesta anteriormente para el *Aregoratikos* del bronce de Luzaga, éste debiera de ser posterior a las monedas de la ceca de *Aregoradas*.

CONCLUSIONES.

Sería en verdad más adecuado a la modestia de mi propósito escribir simplemente "resultados". ¿Cuáles son éstos? El lector juzgará. Hemos superpuesto dos esquemas, uno positivo, *A*, y otro hipotético, *B*, y es innegable que se han observado entre ambos copiosas y significativas coincidencias, cuya valoración será más o menos trascendental conforme al criterio de cada iberista. Por mi parte sólo diré que, en el papel de experimentador, no he quedado descontento, por cuanto las dos incógnitas parciales del sistema *B* han hallado valores provisionales que recíprocamente se confirman. La lengua ibérica (incógnita *y*), que se pudo escribir adecuadamente con el sistema gráfico alfabético-silábico examinado, tenía evidentemente una configuración fonética que la hacía hermana gemela del idioma de los antiguos vascos: idéntico vocalisco, idéntica proporción y valor de las consonantes y hasta la misma repugnancia a usar de algunas de ellas en determinadas posiciones y a combinarlas sin el empleo de vocales intermedias. La otra incógnita (*x*), que representa el valor de los signos ibéricos, resulta despejada en la misma medida por cuanto nos procura lecturas, comprobadas unas y otras probables, que se ajustan exactamente a la estructura de la supuesta lengua que se hubo de escribir con dichos signos. Mientras se leyó *Trshs*, *Plplis* o *Qnthrps*, había que echarse por el mundo adelante en busca de un idioma en el que fueran usuales tan absurdas combinaciones de sonidos. Interpretando hoy esas mismas leyendas monetales como *Tirsos*, *Bilbúis* y *Conterbia* no es necesario ir muy lejos para suponer dónde estaban y quiénes eran los pueblos que normalmente pronunciaban y escribían esos nombres tan bien acordados con las hablas que existieron en determinadas regiones de la Península cuando se acuñaban las correspondientes monedas.

Algunas otras deducciones no despreciables se podrían sacar

tal vez de las muchas conjeturas que, sin responsabilidad y alegremente, hemos ido sembrando por el camino; mas para ello necesitarían la previa confirmación de quienes autorizadamente pueden darla. Mientras tanto, ¿quién me asegura que esta o aquella tesis no nacieron de una moneda falsa o de alguna transcripción defectuosa? ¿Cómo averiguo yo que cierta hipótesis no está manifiestamente contradicha en materiales que no he podido conocer?...

He terminado. Si hay algo aprovechable en cuanto escribí, a los especialistas se lo brindo respetuosamente; y si alguno llegó hasta el final de estos renglones y le pareció tiempo perdido el que invirtió en recorrerlos, acepte de antemano por disculpa la buena intención con que quise "echar una mano" y téngaseme en cuenta, por lo menos, la promesa de no reincidir.

JULIO CASARES.